

No se van a ordenar solas las cosas

VOCES / LITERATURA

COLECCIÓN VOCES / LITERATURA 364

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuria Labari, *No se van a ordenar solas las cosas*
Primera edición: octubre de 2024

ISBN: 978-84-8393-356-5
Depósito legal: M-16191-2024
IBIC: FYB

© Nuria Labari, 2024
© De la ilustración de cubierta: Rocío Guerrero, 2024
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2024

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Nuria Labari

**No se van a ordenar
solas las cosas**



ÍNDICE

Dios solo entiende palabras esdrújulas	13
Como si te hubieras olvidado del sentido de vivir .	33
No se van a ordenar solas las cosas	65
Nunca te fíes de mí	85
El mundo cuando mueras	107
No soy un alte kaker	123

DIOS SOLO ENTIENDE PALABRAS ESDRÚJULAS

TENGO DELANTE LAS PUERTAS de los armarios de una cocina que no es la mía. Alguien las arrancó de la casita de Saint-Martin-d'Ardèche donde vivió Leonora Carrington y las trajo hasta aquí. En una de ellas pintó los cuernos de una mujer con cabeza de caballo y alas de ángel. En otra más grande, una cabra con cabeza de unicornio y un caballo verde con cola de dragón y rostro humano. Más arriba, en la esquina izquierda de la enorme pared donde se muestra su intimidad despiezada, observo un ventanuco verde donde dibujó un unicornio rojo con las crines hechas de fuego.

Hace horas que debería estar en mi cocina, rodeada de armarios de formica blanca, pero la exposición ha tenido tanto éxito que han prorrogado la apertura del museo hasta las diez de la noche. Y no quiero irme, aquí me siento a salvo.

La mujer que trabaja en mi casa dice que tiene pies de jaguar. Y se convierte en un silencioso felino cada vez

que le viene en gana. Últimamente, transforma a mis hijas también.

Ahora, niñas, pies de jaguar, dice.

Y las tres cruzan el pasillo sigilosas, como si en vez de zapatillas de andar por casa tuvieran las plantas almohadilladas y flexibles de tres majestuosos felinos.

Al igual que Leonora Carrington, mi asistente también ha sido migrante, exiliada y madre, pero ella no dibuja en la cocina. Son mis hijas quienes la retratan sobre la mesa del comedor mientras friega los platos o pone la lavadora. La pintan con su piel marrón y su trenza larga y negra. No es fácil encontrar el color exacto de su piel y las niñas se esfuerzan para acertar.

Es que las personas negras son en realidad de color marrón, se queja la mayor, de siete años. Y así es imposible colorearte. Porque si te pinto marrón, parecerás negra. Pero si te pinto con la de color carne, parecerás blanca como yo.

El blanco es color de los fantasmas, no de las personas, explica mi asistente. ¿Qué te parece este tono?, sugiere. Y se coloca un lápiz acuarelable Caran d'Ache sobre la piel. Moja la punta en agua y extiende el pigmento, como si fuera maquillaje. ¿Has visto? Este es mi color.

Mi asistente, como la mayoría de mujeres marrones sin papeles que viven en Europa, es invisible y silenciosa. No hacer ruido es una cualidad muy valorada en el servicio doméstico e indispensable para cualquiera que necesite convertirse en jaguar.

Las niñas la dibujan con unos ojos enormes que no tiene. Creo que es porque está siempre alerta, como cualquier presa en peligro. O quizás represente un agudo sentido de la vista, propio de una depredadora. Necesita una guarida donde protegerse del frío, que en este caso es mi casa. Y

una dueña que la guarde y la alimente, que en este caso soy yo. Por eso pienso en ella como mi asistente, porque de alguna manera me pertenece. Ella, igual que mis hijas, es mi responsabilidad. Es muy bajita, me llega a la altura del pecho y, poco a poco, se me está metiendo dentro, como una cría desprotegida en la madriguera de una loba. Necesita mamar de una mamífera más grande y fuerte. Pero también necesita fundar una nueva ciudad.

Desde hace diez años trabaja ocho horas diarias en mi casa. Ella es quien hace nuestras camas, empareja nuestros calcetines y cocina casi todo lo que comemos. También es la mujer que cuida de mis hijas mientras trabajo, la mayor parte del día. Mi marido insiste en que nos costaría lo mismo que fuera interna, pero yo prefiero que se vaya a dormir a otra casa.

Las niñas la adoran. Ella les dice «Mis niñas». Y yo, que llamo a mis hijas por su nombre, se lo consiento, aunque detesto los determinantes posesivos como acompañantes afectivos de las personas. El problema es que el lenguaje se parece más a cómo somos que a cómo nos gustaría ser. No hay nada que pueda reprochar cuando yo misma me refiero a ella como mi asistente. Claro que yo no soy como desearía ser. A veces ni siquiera soy como creo ser.

Observo las pinturas de Leonora Carrington buscando mis favoritas como si fueran los hitos del camino que debo seguir. Primero, la hermosa mujer con torso de hembra de minotauro, luego, la enorme crisálida de piel de vaca donde encerró su cuerpo de hembra mutante antes de nacer. Y, por último, la hiena amarilla con las suaves crines de una yegua marrón y rostro humano. Ninguna mujer desea convertirse en hiena, pero todas escondemos animales salvajes debajo del abrigo.